

1985

El ensayo (cuento)

Rodolfo Privitera

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti>



Part of the [Fiction Commons](#), [Latin American Literature Commons](#), [Modern Literature Commons](#), and the [Poetry Commons](#)

Citas recomendadas

Privitera, Rodolfo (Primavera 1985) "El ensayo (cuento)," *Inti: Revista de literatura hispánica*: No. 21, Article 33.

Available at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss21/33>

This Creación: Cuentos is brought to you for free and open access by DigitalCommons@Providence. It has been accepted for inclusion in Inti: Revista de literatura hispánica by an authorized editor of DigitalCommons@Providence. For more information, please contact dps@providence.edu.

RODOLFO PRIVITERA

El ensayo

La intensa luz caía sobre una mesa velando las figuras instaladas a su alrededor. Éstas se movían con gestos morosos disputándose un cubilete. Desde mi extraña posición, fui percibiendo de a poco a esos hombres que rumoreaban sucesos incomprensibles en un tono que me recordaba el estereotipo de aquellas conspiraciones que se pudieron haber desarrollado en los pequeños reinos medievales.

Mientras me incorporaba para sentarme al borde de la cama, las voces se acercaron como desde el fondo de un lejano eco y se iban instalando en mis oídos con la misma velocidad con que mis ojos reconocían esas sombras insinuadas en el contraluz.

La calva del Gordo, sobre la cual insistía el revoloteo de una mosca, contrastaba con la voluminosa melena de uno de los contrincantes que alargaba su flaco torso unos cuantos centímetros por encima de mí. En la mitad, como tendiendo un punto equidistante entre los opuestos, un hombrecito parado en la silla hacía esfuerzos para recoger los dados. La sala se mostraba similar a una de juegos clandestinos o a un circunstancial calabozo de comisaría, pero tal vez, por el color blanco-grisáceo de las paredes tendía a situarla como perteneciente a una de aquellas clínicas remotas y baratas.

De repente me recorrió el cuerpo un escalofrío que dio paso, momentos después, a una laxitud reconfortante. Abandonándome entré en escena escuchando las palabras de los otros que ahora llegaban nítidas como el ruido de las copas y el arrastrar de los dados en la mesa. No transcribo lo que el Gordo dijo porque no lo recuerdo bien pero sí la intervención del Melenudo:

"No soy yo sino él (señala al Hombrecito) que repite en su letanía, la lámpara me molesta, el ruido me molesta, la bebida me molesta".

El Enano que recogía y encimaba uno a uno los dados formando una precaria torre, respondió con su voz aguda:

"Yo no digo nada".

El Pelilargo se puso de pie e ignorando las palabras de su amigo comenzó a declamar en forma solemne:

"No ser comprendido es el destino de ciertos hombres". Extendió su brazo derecho hacia el Gordo que se mantenía en silencio para señalarle con su curvado índice el reducido edificio con ventanas de puntos negros. En ese instante exclamó: "Continuemos con los dados", cuando el Escaso en sordina subrayaba: "De ciertos hombres".

En esa coyuntura el Melenudo se levanta como un rayo y da unos pasos, esta vez muy pausados, hacia la pared frente a la cual se detiene, se mira durante un rato y se acomoda los pelos imaginando su reflejo en un espejo. Acto seguido, practica unas fintas de boxeador preparándose para descargar un golpe que estallará contra el muro. Retorna jugando con su sombra y esto lo obliga a mover exageradamente su cintura que lo hace ir de un costado a otro esquivando y dando puñetazos. Finalmente, en uno de esos esguinces se agacha y dirige su mano hacia la botella de vino que se mantenía debajo de la mesa. La enarbola por arriba de su cabeza cuando tararea los primeros compases de la Quinta Sinfonía de Beethoven. El diminutivo vuelve los dados al cubilete, lo sacude con ambas manos y después los hace rodar. El Obeso frente a la página en blanco comienza a dibujar los casilleros coronándolos con las iniciales de cada uno. Los dados se detienen y antes de que cualquier voz se manifieste, y sin mover un solo músculo de la cara, clamó:

"¿Póquer o dieciséis al cuatro?"

Como única respuesta el de la Pelambrera recoge el cubilete y en un ritmo de sinfonía agita los huesitos, los arroja y grita al mismo tiempo: "¡Escalera!"

"¿Escalera?", pregunta asombrado el Entrado en Carnes y gira los ojos en dirección al Enano que paraliza el lápiz en el aire. El larguirucho Pelilargo insiste enfurecido con un batir de botella en la mesa cuando su Carnoso oponente, con los ojos de nuevo fijos en los cubitos, le sentencia: "Quédate

El Escualido Greñoso se desploma en la silla observando el bambolear del Calvo que se apresta a jugar. Retumba al unísono la dispersión de los huesitos y su garganta que comenzó a emitir un vibrante full con toda la gradación musical de un pentagrama en escala de sol. El Hombrecito apresurado anota lo que el otro canta ya casi sin aire en los pulmones. Enseguida toma el cubilete y lo sacude muy cerca de su mentón para clavarlo en el centro de la mesa. Se desparraman, se detienen y uno a uno van mostrando el mismo número. En ese instante, el Rechoncho conteniendo una sacudida de su cuerpo, le pregunta con disimulada indiferencia:

"¿Qué te anotás, generala o treinta al seis?"

"¡Pero si fue una servida, ganó el partido!", respondió la aguda voz del Enano que se encontró pataleando en el aire sostenido por la gorda mano del Calvo. Este no escuchó el fuerte canturreo de la Quinta Sinfonía que brotaba desapareja y libremente de la boca del Melenudo que quiso rubricarla quebrando la botella de vino en esa calva provocante. La aterrorizada cara del Largirucho Agresor sufría de gráciles convulsiones cuando entendió que ni el golpe ni la sangre modificó el avance del Obeso que sostenía, tal vez con más fuerza, a aquella Creatura que colgaba de su brazo. El Pelilargo Cantor retrocedía en un sincronizado paso con el otro hasta que la pared lo detuvo. Allí mismo recibió como una ventura celestial el violento cabezazo del Diminuto que detuvo circunstancialmente el vuelo con su propia frente. El Pelámbrico se derrumbó con el cráneo abierto mientras el brazo reiniciaba su rotación aérea con los restos del Hombrecito dejando distraídamente en las paredes un diseño abstracto en rojo puro. Después la Carnosa Grúa se abrió para dejar que el gomoso cuerpo rebotara en el suelo. Un palmoteo pausado se escuchó desde una de las butacas ocupadas: "Emocionante, emocionante... aunque me parece... un tono... demasiado realista...", dijo una persona tímidamente mientras escupía uno a uno los dientes de plástico como si fueran luminosas semillas de girasol. Yo, que aún me tambaleaba por el tremendo esfuerzo y secaba la sangre que chorreaba desde mi cabeza, le pude responder con el hilito de voz que me quedaba:

"Mi querido director, me resulta difícil encontrar el punto exacto de sutileza que usted requiere. Si me permite, en unos instantes, podemos realizar otro ensayo con esos nuevos aspirantes que esperan su turno".